

de Jorge M. Reverte; *Juegos de la edad tardía*, de Luis Landero; *Un campeón disparejo*, de Adolfo Bioy Casares; *Lituma en Los Andes*, de Mario Vargas Llosa; *La campaña*, de Carlos Fuentes o *Sin noticias de Gurb*, de Eduardo Mendoza.

⁴ Julián, pese a que hoy no fuera capaz de complacer sexualmente a Odile tan bien como su amigo Silverio, en el pasado era un devoto de las revistas pornográficas, hasta considerarse a sí mismo un "licenciado en senos" (p. 51). Por su parte Silverio, pese a su ortodoxia marxista, sucumbe una Nochevieja al solitario hedonismo de la masturbación en un cine erótico de París (p. 150). El contacto físico cada vez más intenso (que actúa como correlato externo de la íntima relación afectivo-intelectual de los protagonistas) en París, durante la Nochevieja en la que Odile casi se entrega a Silverio, ante la complacida mirada de Julián (p. 163-169). El agotamiento físico y psíquico —tras una desafortunada noche en el Casino— torna impotente a Julián la única vez en que se le entrega la madura y atractiva Georgine (p. 406).

⁵ La agonía y muerte de Franco se menciona en casi todas estas novelas, hasta convertirse en una especie de acontecimiento generacional. Ya en *Variaciones para un saxo* (Madrid, Cátedra, 1986), de Antonio Rodríguez Almodóvar, se detalla la agonía de Franco mediante la reproducción de fragmentos de los partes médicos de su enfermedad (p. 170 y ss.). Al conocer la noticia del fallecimiento el narrador-protagonista afirma: "Me quedé en el apartamento casi todo el día esperando que alguien apareciera, alguien con quien poder hablar de manera resuelta, alguien con quien poderme beber aquellas dos botellas de champán que media España guardaba en el ángulo del frigorífico desde hacía tres meses" (p. 179).

4

LINGÜÍSTICA DEL TEXTO

(A propósito de "Las retamas" de Francisco Valdés)

Manuel Casado Velarde

LAS RETAMAS

Vuelvo hoy a verte en este suelo, amante
de desiertos lugares de tristeza,
de afligida fortuna, siempre amiga.

Leopardi

I

- 1 Antes podía cantarse con bien sonora lira; ahora contarse su atropello con amarga tristeza. En los senos de sus cerros y en el regazo de sus cañadas las retamas tejieron sus bolas de verdura. Era una alfombra de maravilla, en primavera, sobre aquel suelo ondulado, destacando de su gualda florido sus recias copas las encinas de bronceada eternidad. En sus medios, dos charcas con las aguas limpias de la invernada, donde acudíamos a echar el trasmallo y a yantar los hornazos pascuales.
- 2 Atalayando el retamal en su dirección norte dominaba el cerrete más pomposo, coronado con una casilla blanca —refugio de guardería— rodeada de espesas y altas retamas, tan altas como su techumbre de roja teja romana. Más al fondo, el tope de la Sierra de Magacela, encrestada con su iglesia, su castillo y sus peñones. Casas y ollerías gateando por la frágosa falda empinada. Y allá, en el horizonte, la serranía de Guadalupe con su incierto gris azul lejano.
- 3 Sobre todo en primavera, el retamal era un encanto. Brotaban sus flores, de un amarillo naranjado, que exhalaban su denso olor, embriagando-

lo todo. Verde olor de verdura. Dilatado verde olor de amargura. El amargo de sus zahumas, de sus vástigas, de sus raíces —rectas, finas— barrenas de la tierra. Y cuando el sol de fuego caía de la altura, onduladas por la brisa, era una sinfonía rumbosa de paganismo. ¡Las retamas!

4 Tenue y brincante rumor de esquilas y algún silbato o tonadilla pastoril. Rumoreo de abejas en torno a su azahar, y un poco más lejos, al filo del bosque de retamas, las yuntas, con sus gañanes, dibujando en la arcilla sangrante las filigranas de sus alicatados. Las ringleras de los habales con la flor blanca y azul. Las tiernas líneas de las garbanceras. El chicharal, ya revuelta su espesa cabellera de verde limón, con sus floridos puntitos blancuzcos y amarotados. La extensa sábana del trigal madurando. Al lado, la barbechera, donde la punta del arado va trazando las rayas de la vida.

5 Algún disparo del cazador furtivo, y, en la lejanía, el barreno sordo de la cantera del calero. Cantatas de gañanía. El duro y corto paso del borriquito, senda adelante, sobre su lomo el pastor o el buhonero. El monólogo jacarandoso del perdigón encelado. Campo y calma. El dorado y cumplido sueño de unas vidas tranquilas, limitadas y acordes. El refugio de quien quiso separarse del ruido mundanal y afinarse y ahincarse entre este monte espeso de retamas, sobre las que columbran copas de encinas milenarias.

II

1 Aquí he vivido yo. Me he criado entre mis retamas, que antes fueron de mi padre, y antes de mi abuelo, y antes de mi bisabuelo. Salvo una temporada, pasada baldíamente en la Universidad madrileña, mi vida estuvo adscrita a este retamal con sus viejas encinas. Era mi fiel consuelo y la flor de mi existencia. Mi trato con la vida mundana me dañó el cuerpo y el espíritu. Iba logrando sanarlos al contacto del abierto paisaje de la recia Extremadura; en este rincón del mundo que mis antepasados lograron infundirle su aliento con sus dignos deseos y sus obras de rectitud. Vidas de honradez enmarcadas patriarcalmente: el buen consejo atinado, la ayuda consoladora, la censura estricta cuando era necesaria, el respeto y la consideración mutuas. Que no llegara a abrir sus fauces el hambre en derredor.

2 Un amplio cortijo atendido. Limpieza en todo. El albor de la cal y el rojo del ladrillo. Colmenar, columbario, cercamientos ganaderos, huerto con rosales, claveles, lilos, acacias y almendros; conejar, lagunas y refugios, las fuentes de agua cárdena y dulcísima, pozos con sus brocales berroqueños. Orden en todo. Que nada fuera maltratado: hombres, animales, plantas. Un cuidado exquisito y una justa vigilancia. Y ese deseo ferviente, sostenido día tras día, de mejorarlo todo, de procurar su aumento y perfección.

3 Era mi orgullo. No había otro más frondoso retamal en los contornos. Ninguno mejor atendido; ninguno más renovado. Era la admiración del transeúnte por la senda que enlaza la tierra de barro dombenitense con los

pueblos de la Serena: Campanario, Castuera, Zalamea, La Coronada, Benquerencia. Asilo de las liebres acosadas por el galgo d'annunziano en las limpias y anchas tierras que le circundan. Morada de bandadas de alondras, que yo alguna vez deslumbraba con el espejuelo. Era la alegría de mis ojos y el bálsamo a mi melancolía. ¡Mi retamal soberbio! Con sus desflecadas cabelleras de zahumas, formando bolas de verdor perenne: en primavera sobre la verdura intensa del majadal florecido; en el estío sobre el terroso pastizal, coronado por las recias encinas plantadas por la morisma.

III

1 Tras la espesa retama que esquivaba el cuerpo en aguardo, he visto venir, sorteando el bosque de retameras, el celo de cinco y seis lebratos tras la hembra en su sazón floreada, con su brincar de lucha, sus mordiscos en las tiesas orejas, con sus zarpazos de sensualidad, con sus alaridos rijosos. Otras veces, cuando ya la luz cárdena de la tarde baja a mancharnos con su sombra de túnica de silencio —reposeo agosto de todo lo creado—, en ese momento en que nuestra vida se funde entre cielo y tierra, contemplaba acudir las liebres sedientas de sed, parándose de vez en cuando, sentadas sobre sus patas traseras, empujando el hocico, atiesando sus orejas para suplir con el oído su falta de visión. Sobre el amparo de una vieja retama enclavada sobre “macho” de la charca las veía aparecer, entre dos luces, por los cañazos que vertían en la laguna, sorteando los troncos de retamas, acuciando desde la caliente sombra de ellos, ciegas al agua, con sus tranquilargos avances, hasta ponerse bajo la puntería del cañón de mi escopeta...

2 Y por entre el entallecido espeso de sus troncos, metido en el aguardo —siberianas horas tranquilas del amanecer—, cuando se iba perfilando el jaspeo de sus colores a la incierta luz de la alborada, y después brufidas por el sol que nos lanzaba el desplome de la sierra de Puebla de Alcocer, acudían las perdices reclamadas por la jácara encelada del pájaro del mampostero. Delicia egregia de ver nacer la vida con el día, en toda su desnuda solemnidad profunda, rodeado de inmenso clamor de silencio, ufano y fecundo, como la palabra del profeta, como la danza del corazón de Dios.

3 Sobre el verde caído del retamal: el arrullo caliginoso de la tórtola, la flauta de la oropéndola, el trino claro de la calandria, el aleteo del pardal, el planear inmóvil del milano. Entre sus troncos: el nido desamparado del capacho y la perdiz. Entre sus raíces: la hurrera del lagarto. Y entre sus zahumas, oculta, la bolita, maravillosamente entretejida de pasto, donde el pajarín infantiliza el acto de la fecundación.

4 Sí; yo he visto mis retamas, años tras años, con todas sus luces, con todos sus colores, con todos sus padeceres y alegrías. Cuando en las madrugadas de agosto, sentado en un “paso de liebres”, ya de recogida, buscaban su descanso. Las estrellas parpadeaban sus últimos guiños. Eran bultos de sombra ante el ojo avizor de la caza al cruzar. Por Oriente se desleían

los primeros barruntos de claridad. Se iban destacando lentamente las retamas de su suelo, desperezadas por el relente mañanero, vistiéndose sus verdes ambiguos de las cogollas. Las jóvenes, como tiestos de junco; las viejas, descarnados sus talles, de un pardo sucio, con los lunares ocrosos que la carroña trae a la ancianidad de sus troncos.

5 Las he observado desde la altura de mi ligera y dócil borriquilla blanca, al caminar entre ellas a inspeccionar las faenas agrícolas. Medianera la mañana, con el sol inflado de lumbre del verano, con el sol asilado de la invernada, con el sol de la melancolía otoñal, con la primavera de sol. Pomposas en mayo, con su embriagante funda de bayeta amarilla, meciéndose con gachonería por el rizo de la brisa. Batidas y castigadas con el azote frío y ensañable del aire marceño. Latigadas por el granizo y la lluvia implacables. Perladas al concluir la suave y calenteja llovizna, iriéndose al acudir el rayo de sol. Esfumadas en el humo denso y frío de la niebla decembrina, en ahogo su corpulencia, como norteños fantasmas cargados de zozobra. En la noche encalmada, sus manchones por donde puede llegar lo sorprendente del misterio; en la noche borrascosa, con sus rugidos como la mar de los naufragios; en la noche de escarcha, iluminada por la luna, resaltantes sobre el suelo de maravilla y espejándose sus sombras plateadas, en un lago de ensueño, jamás olvidada su fantasmagoría. Y también las he visto cargadas de nieve, vestidas de pureza, resistiendo su corona de nítida blancura, surgiendo de la leche de la tierra, vencidos sus tallos, como recibiendo un dulce peso de caricias.

IV

Y tú, lenta retama,
que de olorosos bosques
adornas estos campos desolados,
también tú pronto a la cruel potencia
sucumbirás del soterraño fuego,
que al lugar conocido retornando
sobre tus tiernas matas
su avaro borde extenderá. Rendida
al mortal peso, inclinarás entonces
tu inocente cabeza.

1 No es la brasa del volcán quien ha destruido mis retamas, como esas del canto leopardino. Ha sido la lava del volcán de la codicia humana. El brazo destructor al servicio de la intención malvada. Llegaron de las villas inmediatas. Entre ellas, Magacela. En ese desborde incontinido de feroces cuadrillas insaciables, en pocos días, me arrasaron el retamal magnífico: orgullo comarcano, delicia de la vista, consuelo de mi vida. Juntas de hombres se llegaron a él acometiéndole con las manos, con las hachas, con los picos, con los zachos. Quedó rasa y desnuda la tierra que le mantenía. No parecía la misma. Quedaron como testigos de la afrenta las vie-

jas encinas, las charcas bruñidas de azul rizado, los aguardos de perdiz, la roja piedra guijeña. Quedó como campo de abandono y desolación lo que antes fuera alegría y abalorio de feria campesina.

2 Emigraron las liebres de ancas estiradas, las perdices ligeras. Pío de lamento se me hace lloro en el pecho, cuando el pardal y los trigueros cantan. Desnuda ha quedado mi tierra. Desierto de tristezas, erial de desolaciones. ¿Culpas? Allá en tierras de Corte y Leyes unos hombres atizaron el fuego del odio y el manantío de la destrucción. ¡Cosas de la vida! ¡Cosas de mi España!

3 Malditas sean esas manos que os arrancaron y destrozaron. Pero os pudisteis ir orgullosas, ¡retamas mías! Jamás profané vuestra sombra buscando el descanso sucio de una embriaguez; jamás a vuestro cobijo acudí para la satisfacción de la deshonesto lujuria; jamás me escucharon vuestras ramas palabras en intención de añagaza y daño. En mi trato, el respeto y la dulzura, porque mis pupilas os miraban sin la codicia del interés y os veían con el dardo de la belleza.

1. **Introducción**

Francisco Valdés Nicolau nació en Don Benito (Badajoz) el 21 de septiembre de 1892, en el seno de una familia acomodada de terratenientes extremeños.

En 1910 marcha a Madrid para cursar los estudios de Derecho, carrera que simultanea con Filosofía y Letras; esta última no llegaría a terminarla¹. En la capital frecuenta tertulias y ambientes literarios que le permiten conocer y tratar a escritores del 98 y a los novecentistas, como José María de Cossío, Jorge Guillén o Juan Ramón Jiménez, con quien coincide algún tiempo en la Residencia de Estudiantes. Aunque sin desvincularse por completo de Don Benito, su estancia en Madrid se prolonga hasta aproximadamente 1920. En su pueblo ejerce como profesor en el colegio "San José". Con la muerte de su padre en 1929 se hace cargo de la administración de las propiedades familiares. Fue fusilado por los milicianos en la madrugada del 4 de septiembre de 1936, en su ciudad natal.

Valdés publicó en vida sólo los tres libros siguientes: *Cuatro estampas extremeñas con su marco* (1924; libro que conoció más tarde, en 1932, una segunda edición ampliada, con el título de *Ocho estampas extremeñas con su marco*); *Resonancias (1925-1928)* (1932) y *Letras. Notas de un lector* (1933)².

2. **"Las retamas"**

El texto aquí seleccionado es una de las ocho estampas extremeñas, la quinta, escrita en 1932³. Respecto de la valoración que este texto merecía al propio autor resultan significativas las palabras del prólogo: "La escribí [la estampa] con un íntimo dolor agudo, que aún perdura y no se borrará con facilidad. Ella quizá haya impulsado la vida de esta segunda edición".

La calidad literaria de esta estampa tampoco pasó inadvertida a otros, como queda patente en el siguiente juicio de S. González Murillo:

“Entre todas las estampas, hay una, de las que agregé para llegar a las ocho de la segunda salida, «Las retamas», que es una verdadera joya literaria, tal es la belleza insuperable de su prosa y la delicadeza y hondura de los sentimientos que la inspiran, nacidos del dolor que le produjo el ver arrasado, por obra «del brazo destructor al servicio de la intención malvada», su hermoso retamal”⁴.

Justifica, pues, la selección de este texto —como luego mostraré— lo que tiene de compendio de la vida de su autor, así como de cima expresiva y estética, según trataré de poner de relieve en las páginas que siguen.

“Las retamas” constituye un auténtico poema en prosa, que consta de cuatro partes separadas gráficamente por su autor⁵. El texto viene precedido por la cita de tres endecasílabos pertenecientes al poema “La ginestra” del poeta italiano Giacomo Leopardi (1798-1837). Para Leopardi los paisajes poseían muy amplias resonancias sentimentales. “La ginestra” fue uno de los últimos poemas que compuso. Se trata de una poesía patética, más que puramente descriptiva. Sus tonos elegíacos resuenan en “Las retamas” de Valdés. El comienzo de la parte IV de “Las retamas” aparece encabezado, como se verá, por otra cita, más extensa, del poema de Leopardi.

En el primer fragmento Valdés insinúa brevemente, más que describe, la localización topográfica y geográfica del retamal, para pasar en seguida a realizar una presentación poética de las retamas y de su entorno, a través de una riquísima descripción de sensaciones: colores, olores, sabores, sonidos y ruidos, movimientos, impresiones táctiles, por medio de un léxico brillante y fértil, y sirviéndose de abundantes recursos fónicos y rítmicos. Queda así construido un idílico *locus amoenus*, “refugio de quien quiso separarse del ruido mundanal y afincarse y ahincarse entre este monte espeso de retamas, sobre las que columbran copas de encinas milenarias” (I, 5).

El segundo fragmento se abre con algunas referencias autobiográficas, en primera persona, que hacen caer la estampa en cierto prosaísmo. Pero vuelve en seguida al discurso descriptivo —esta vez del cortijo y de su entorno—, de tonos líricos, a cuyo servicio pone, como se verá, abundantes y variados recursos lingüísticos.

El fragmento tercero representa la explosión de vida animal que bulle entre las retamas; éstas aparecen animadas e incluso antropomorfizadas, protagonistas de las horas del día, de las estaciones del año. Logra aquí Valdés una sobresaliente cumbre expresiva, en un *crescendo* que se prolonga hasta el final de este tercer “movimiento” de la sinfonía.

Una nueva cita de Leopardi, según se vio, abre este cuarto y último fragmento de la estampa. En estos versos el poeta italiano presagia la desaparición de sus retamas a causa de una nueva erupción de lava del Vesubio. El tono ele-

gíaco de estos versos da así pie a Valdés para enlazar con el comienzo de la estampa (“Antes podía cantarse con bien sonora lira; *ahora contarse su atropello con amarga tristeza*”⁶) y expresar su dramático lamento por la destrucción del retamal extremeño y de toda la vida animal que se cobijaba en él. Se trata de un auténtico *planto*, con los ingredientes propios de esta especie literaria.

3. Sentido global de “Las retamas”

3.1. Menosprecio de corte

La estampa —ya aludí a ello con palabras del propio escritor— condensa una imagen global de la vida del autor⁷. En efecto, Valdés se sirve de varios *topoi* literarios tradicionales para representar una dramática tensión personal, agudamente vivida, y cuyo trágico final quizá ya presagiaba. Estos “lugares” son: menosprecio de corte-alabanza de aldea, el *locus amoenus* y el *planto*.

La tensión “corte-aldea”, independientemente de los datos biográficos externos de que disponemos, se plasma en la estampa de forma clara: “Salvo *una temporada, pasada baldíamente en la Universidad madrileña*, mi vida estuvo adscrita a este retamal con sus viejas encinas. Era mi fiel consuelo y la flor de mi existencia. *Mi trato con la vida mundana me dañó el cuerpo y el espíritu*. Iba logrando sanarlos al contacto del abierto paisaje de la recia Extremadura; en este rincón del mundo que mis antepasados lograron infundirle su aliento con sus dignos deseos y sus obras de rectitud” (II, 1).

En el llanto por el retamal arrasado, la crítica se dirige de nuevo contra la ciudad: “¿Culpas? *Allá en tierras de Corte y Leyes unos hombres atizaron el fuego del odio y el manantío de la destrucción*” (IV, 2).

La estampa queda, de esta forma, enmarcada entre el inicial “contarse su atropello con amarga tristeza” (comienzo de I) y la última cita que acabo de copiar, perteneciente al tramo final del último fragmento. El tono elegíaco de estos dos lugares de relieve se ve, además, reforzado por el dramatismo de la segunda cita de Leopardi: “También tú pronto a la cruel potencia / sucumbirás / [...] Rendida / al mortal peso, inclinarás entonces / tu inocente cabeza”.

La tradición literaria del tópico aflora expresamente en la estampa, a través de fray Luis de León: el “ruido mundanal” (I; cfr. el “mundanal ruido”, *Oda a la vida retirada*). Por otra parte, en el prólogo que abre la primera edición de las *Estampas*, Valdés transcribe los tres endecasílabos siguientes de la *Epístola moral a Fabio*:

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un breve sueño
que no perturben deudas ni pesares.

3.2. *El locus amoenus valdesiano*

A través del *locus amoenus* ("el refugio de quien quiso separarse del ruido mundanal"), en cuya construcción consigue Valdés sus máximos aciertos expresivos, manifiesta su ideal de vida humana lograda. Este ideal es el resultado de la armonización de una serie de valores —además de los meramente paisajísticos en los que luego me detendré—, valores que paso a enumerar y ejemplificar en el texto:

a) Familia, vinculación con sus antepasados:

"Me he criado entre mis retamas, que antes fueron de mi padre, y antes de mi abuelo, y antes de mi bisabuelo" (II, 1).

b) Rectitud moral:

"... en este rincón del mundo que mis antepasados lograron infundirle su aliento con sus dignos deseos y sus obras de rectitud. Vidas de honradez enmarcadas patriarcalmente: el buen consejo atinado, la ayuda consoladora, la censura estricta cuando era necesaria, el respeto y la consideración mutuas" (II, 1).

"Pero os pudísteis ir orgullosas, ¡retamas mías! Jamás profané vuestra sombra buscando el descanso sucio de una embriaguez; jamás a vuestro cobijo acudí para la satisfacción de la deshonesto lujuria; jamás me escucharon vuestras ramas palabras en intención de añagaza y daño" (IV, 3).

c) Orden, cuidado y respeto:

"Un amplio cortijo atendido. Limpieza en todo. El albor de la cal y el rojo del ladrillo. [...] Orden en todo. Que nada fuera maltratado: hombres, animales, plantas. Un cuidado exquisito y una justa vigilancia" (II, 2).

"En mi trato [con las retamas], el respeto y la dulzura, porque mis pupilas os miraban sin la codicia del interés y os veían con el dardo de la belleza" (IV, 3).

d) Afán de mejora y de superación:

"Que no llegara a abrir sus fauces el hambre en derredor. [...] Y ese deseo ferviente, sostenido día tras día, de mejorarlo todo, de procurar su aumento y perfección" (II, 1).

e) Armonía y paz con la naturaleza:

"Aquí he vivido yo. Me he criado entre mis retamas" (II, 1); "este retamal [...] era mi fiel consuelo y la flor de mi existencia" (II, 1); "iba logrando sanarlos [mi cuerpo y mi espíritu] al contacto del abierto paisaje" (II, 1); "[el retamal] era la alegría de mis ojos y el bálsamo a mi melancolía" (II, 3).

f) *Aurea mediocritas*:

"El dorado y cumplido sueño de unas vidas tranquilas, limitadas y acordes" (I, 5).

Queda, así, diseñado un *locus amoenus* multidimensional, pleno de valores éticos y estéticos, espirituales y materiales, capaz de hacer cumplida, a juicio de Valdés, una existencia humana.

3.3. *Lamentación*

El lugar literario del "planto" llena el fragmento IV de "Las retamas". El poema adopta tono elegíaco, de intenso dramatismo. Se acumulan lexemas pertenecientes a las esferas semánticas de «destrucción» y «lamento». Asoman los "campos de soledad" ("campo de abandono y desolación") de Rodrigo Caro (*Canción a las ruinas de Itálica*)⁸. Las anáforas múltiples y las enumeraciones caóticas le sirven a Valdés para dar rienda suelta a su lamento (cfr. 4. 3).

4. Los recursos lingüísticos al servicio del sentido textual

4.1. *El léxico y sus evocaciones*

En el texto se observan algunos dialectalismos, característicos —aunque no exclusivos— del español hablado en Don Benito. Como tales cabe considerar las voces *trasmallo*⁹, *hornazos* (I, 1), *zahumas*¹⁰ (I, 3; II, 3; III, 3), *habales*¹¹ (I, 4), *chicharal*¹² (I, 4), *retamal* (*passim*), *lilos* (II, 2), *hurrera* —«hurera, agujero»— (III, 3), *pajarín* (III, 3), *cogolla* —«cogollo, brote»— (III, 4), *zachos* —«sacho, especie de azada»— (IV, 2); el leísmo (*le* por *lo*: "las limpias y anchas tierras que *le* circundan", II, 3; "la tierra que *le* mantenía", IV, 2).

Tratándose de un texto en prosa artística, llaman asimismo la atención expresiones familiares como *con gachonería* (III, 5); *rumbo* ("sinfonía *rumbo* de paganismo", I, 3); *jacarandoso* ("El monólogo *jacarandoso* del perdigón encendido", I, 5).

La sufijación apreciativa imprime, aquí y allí, una coloración intensamente afectiva a la descripción, como ponen de manifiesto las formas sufijadas *cerrete* (I, 2); *casilla blanca* (I, 2), *puntitos blancuzcos* (I, 4), *espejuelo* (II, 3), *cañazos* (de *caño*, III, 1), *bolita*, *pajarín* (III, 3), *calenteja*¹³ llovizna, *borriqui-lla* (III, 5), *manchones* (quizá ya lexicalizado; III, 5), *desnudita* (IV, 3).

Conviene notar, por último, la presencia de algunos arcaísmos como *yantar* (I, 1), *en derredor* (II, 1), *estío* (de uso literario; II, 3), o el uso de la forma verbal *fuera* con valor de pluscuamperfecto «había sido» ("lo que antes *fuera*

alegría y abalorio", IV, 2). Estos rasgos lingüísticos que acabo de enumerar y ejemplificar constituyen el correlato de los valores arriba mencionados:

"Menosprecio de corte" → dialectalismo, expresiones familiares
 Apego a la tradición → arcaísmo
 Identificación con el entorno → sufijación apreciativa

4.2. El significante

Poema en prosa llamé al comienzo de estas páginas a esta estampa de Valdés. Desde el punto de vista fónico llama la atención la abundancia de recursos rítmicos, así como de metricismos, rasgos ambos característicos de la prosa modernista. Obsérvense estos dos endecasílabos de ritmo yámbico:

"El duro y córtó páso dél borríco" (I, 5);
 "[Delicia egregia]de vér nacér la vída cón el día..." (III, 2);

En el siguiente segmento se acumulan nada menos que seis pies de cuatro sílabas, a imitación del pie griego denominado *peón* (tres sílabas breves y una larga); aquí se trata del *peón primero*, ya que la sílaba tónica es la inicial de cada pie:

"Asílo de las liebres acosadas por el galgo d'annunzziáno en las límpias y anchas tierras"... (II, 3);

en esquema:

—|'-----'-----'-----'-----'-----|—

Idéntico ritmo presenta la secuencia que sigue:

"Llegaron de las villas inmediatas. Entre ellas, Magacéla" (IV, 2).

—|'-----'-----'-----'-----'-----|—

Este ritmo parece particularmente adecuado al contenido significativo de las secuencias por él afectadas (carreras de galgos tras las liebres, en el primer caso; y la avidéz de las cuadrillas que arrasaron el retamal).

El siguiente segmento ofrece, en cambio, un insistente ritmo dactílico:

"Eran bultos de sómbrá ante el ójo avizór de la cáza al cruzár" (III, 4);

—|'-----'-----'-----'-----'-----|—

Abundan en el texto los metricismos. Obsérvense cómo algunos de los segmentos que se acaban de transcribir podrían también haberse presentado en verso:

"Eran bultos de sombra
 ante el ojo avizor
 de la caza al cruzar" (III, 4) (tres heptasílabos).

O la combinación de endecasílabos y heptasílabos:

"Llegaron de las villas inmediatas. Entre ellas, Magacela"	11 7
[...] me arrasaron el retamal magnífico: orgullo comarcano, delicia de la vista, consuelo de mi vida. (IV, 2).	11 7 7 7

O de tres dodecasílabos asonantados:

"Sobre el amparo de una vieja retama enclavada sobre «macho» de la charca las veía aparecer, entre dos luces" (III, 1).	12 a 12 a 12 b
---	----------------------

Tampoco faltan las asonancias, fuera de esquemas métricos, recurso tan del gusto de la estética modernista:

"Delicia egregia de ver nacer la vida con el día" (III, 2).

A este nivel del significante lingüístico deben adscribirse también las paronomasias *cantarse-contarse* (I, 1), *afincarse-ahincarse* (I, 5; con evidente etimologismo), que apuntan en la dirección de los recursos que vengo comentando. (Por lo que se refiere a la aliteración y a la onomatopeya, cfr. infra 4. 4).

Puede afirmarse de Francisco Valdés, como de los modernistas en general, que, en ocasiones, se manifiesta más atento a los significantes lingüísticos que a la propiedad idiomática. No faltan, en efecto, usos que contravienen los significados pertenecientes a la norma lingüística. Así, por ejemplo, *columbran* ("este monte espeso de retamas, sobre las que *columbran* copas de encinas milenarias" I, 5), *columbario* —«palomar»— (II, 2), *esquivar* ("tras la espesa retama que *esquivaba* el cuerpo en aguardo", III, 1), *caliginoso* ("el arrullo *caliginoso* de la tórtola", III, 3). Y lo mismo puede afirmarse de algunas infracciones sintácticas: "en este rincón del mundo *que* mis antepasados lograron infundirle su aliento" (II, 1), "*contemplaba acudir* las liebres sedientas de sed, *parándose* de vez en cuando" (III, 1), "enclavada *sobre «macho»* de la charca" (III, 1), etc.

4.3. Semántica

Estamos ante un auténtico poema sinfónico, en el que Valdés logra armonizar las posibilidades expresivas de los distintos niveles lingüísticos (fónico, sintáctico, léxico-semántico). Con los diversos recursos que se han puesto de relieve en el plano del signifiante fónico (aliteración, ritmo, asonancias, metricismos, onomatopeyas, paronomasias...) el escritor consigue una prosa de notable densidad musical. A todo ello hay que añadir —como decisivos elementos configuradores del *locus* valdesiano— un abundante léxico perteneciente al campo semántico auditivo, así como algunas metáforas musicales o auditivas.

Por lo que respecta al léxico relativo al registro de impresiones auditivas, repárese en los siguientes testimonios:

“Antes podía cantarse con bien sonora lira; ahora contarse...” (I, 1); “tenue y brincante rumor de esquilas y algún silbato o tonadilla pastoril. Rumoreo de abejas” (I, 4); “Algún disparo del cazador furtivo, y, en la lejanía, el barreno sordo de la cantera del calero. Cantatas de gañanfa” (I, 5); “ruido mundañal” (I, 5); “alaridos rijosos” (III, 1); “las perdices reclamadas por la jácara encelada” (III, 2); “inmenso clamor de silencio” (III, 2); “el arrullo caliginoso de la tórtola, [...] el trino claro de la calandria” (III, 3); etc.

Y entre los recursos metafóricos antes apuntados, obsérvense, a título de ejemplo, los que siguen:

“Sinfonía rumbosa de paganismo” (I, 3); “El monólogo jacarandoso del perdigón encelado” (I, 5); “en la noche borrascosa, con sus rugidos como la mar de los naufragios” (III, 5); “la flauta de la oropéndola” (III, 3); etc.¹⁴

Ya se adelantó, más arriba, algo sobre los recursos expresivos del último fragmento de la estampa. La “vis” dramática del planto descansa, en buena parte, sobre la acumulación de voces de los campos léxicos «destrucción» y «lamento»: *destruir, arrasar, arrancar, destrozar, desolación, erial de desolaciones, abandono, brazo destructor, lamento, lloro, tristezas*, etc.

También las reiteraciones léxicas, en construcciones anafóricas, contribuyen a la intensificación de las nociones léxicas anotadas:

“Quedó rasa y desnuda... Quedaron como testigos... Quedó como campo de abandono...” (IV, 1).

“Jamás profané vuestra sombra...; jamás a vuestro cobijo acudí...; jamás me escucharon vuestras ramas...” (IV, 3).

Y la intensificación dramática se desborda rompiendo en enumeraciones caóticas abiertas:

“Juntas de hombres se llegaron a él [el retamal] acometiéndole con las manos, con las hachas, con los picos, con los zachos” (IV, 1).

“Quedaron como testigos de la afrenta las viejas encinas, las charcas bruñidas de azul rizado, los aguardos de perdiz, la roja piedra guijeña” (IV, 1),

para terminar con el apóstrofe del último párrafo

“Malditas sean esas manos que os arrancaron y destrozaron”,

y el vocativo

“¡retamas mías!”

4.4. Integración de los diversos recursos

Buen exponente, entre otros, de la integración de los diferentes recursos expresivos, en busca de la musicalidad a que antes me refería, son —a título de ilustración— secuencias como las que siguen:

a) “... rodeado de inmenso clamor de silencio, ufano y fecundo, como la palabra del profeta, como la danza del corazón de Dios” (III, 2).

b) “el arrullo caliginoso de la tórtola, la flauta de la oropéndola, el trino claro de la calandria” (III, 3).

En estos fragmentos, además de lo ya consignado sobre el léxico de semántica auditiva, se observa: en a), el oxímoron *clamor de silencio*, subrayado por la aliteración múltiple de consonantes nasales (*m, n*), dentales e interdental (*d, z*); el insistente ritmo acentual dactílico (*rodeado de inmenso clamor de silencio, ufano y fecundo*), las estructuras sintácticas bimembres, la anáfora (*como... como...*), las comparaciones de resonancias bíblicas.

En la secuencia b) puede apreciarse, además del contenido léxico, ya citado, los nombres exóticos y sonoros de aves (repárese en el esquema acentual proparoxítono de *tórtola* y *oropéndola*), las onomatopeyas (*arrullo, tórtola, trino*), la aliteración de consonantes laterales y velares (*trino claro de la calandria*), la trimembración sintáctica.

En el fragmento que sigue, a la aliteración de la vocal *i* se une una clara intención imitativa de lo designado¹⁵:

“la bolita, maravillosamente entretejida de pasto, donde el pajarín infantiliza el acto de la fecundación” (III, 3).

El nombre de *estampa* que Francisco Valdés aplica a cada uno de los textos que integran el libro resulta particularmente adecuado para denominar al

fragmento que aquí nos ocupa. Me he referido ya al carácter netamente descriptivo y estático de su prosa. En el logro de este rasgo expresivo desempeña una función destacada la abundancia de frases nominales: obsérvense, por ejemplo, los párrafos 4 y 5 de la parte I, o los 2 y 3 de la parte II.

La obra de arte de lenguaje que constituye el texto "Las retamas" es la resultante del empleo sabio y atinado de todos los elementos que entran en juego en el acto lingüístico, desde las designaciones hasta los significantes idiomáticos, pasando por los significados y evocaciones (connotaciones) de cada constituyente del texto, como ha ido quedando de relieve en las páginas que anteceden.

Notas

- ¹ José Luis Bernal ha trazado un breve perfil biográfico de Valdés en "Dos casos de marginación: Antonio Rodríguez-Moñino y Francisco Valdés", *Cuadernos Populares*, n.º 34, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1991, pp. 14-23. Cfr. asimismo M. S. Viola Morato, *Medio siglo de literatura en Extremadura 1900-1950*, Diputación Prov. de Badajoz, 1994, pp. 149-153; Santiago González Murillo, "Francisco Valdés en sus cartas a Ruiz Contreras", en rev. *Don Benito*, n.º 12, año III, 1949, pp. 5-6; J. L. Bernal, "El viaje inacabado de un escritor vanguardista", *Anuario de Estudios Filológicos*, IX, 1986, pp. 33-53.
- ² Para una información pormenorizada acerca de las diversas ediciones de las obras de Valdés, cfr. el estudio preliminar que realiza José Luis Bernal en la edición del libro *Letras. Notas de un lector*, Editora Regional de Extremadura, [Mérida], 1994.
- ³ Sigo la edición de 1932, de la que el texto ocupa las páginas 49 a 59. En 1953 Enrique Segura Covarsí hizo una segunda edición de este libro (Biblioteca de Autores Extremeños, Badajoz).
- ⁴ "Francisco Valdés", en *Ventana abierta*, Don Benito, 1981.
- ⁵ Para facilitar la localización de las remisiones al texto he numerado con romanos (del I al IV) estas cuatro partes de la estampa, y con números arábigos los párrafos de cada parte.
- ⁶ Todas las cursivas que aparezcan en las citas de "Las retamas" me pertenecen.
- ⁷ Así lo ha visto también, por ejemplo, S. González Murillo: "Su muerte [de Valdés] -4 de septiembre de 1936, inexplicable y trágica, como la de sus retamas"... ("Francisco Valdés", *Ventana abierta*, cit.)
- ⁸ Cfr. el poema elegíaco "Huerto deshecho", de Lope de Vega, poema que se apoya igualmente en un hecho histórico determinado -una tormenta de agua y pedrisco que se abatió sobre el jardín de la casa madrileña del poeta-, al que Lope da una interpretación alegórica: "El arrasamiento del huertecillo es también el de su alma de poeta" (M. García-Posada, edición de Lope de Vega, *Poesía*, Barcelona, Plaza y Janés, 1984, 248-256, p. 248).
- ⁹ Para el DRAE es 'arte de pesca formado por tres redes' (1992).
- ¹⁰ E. Miguélez registra *zajuma* 'fem. parte fina del piorno o la escoba' (*Diccionario de las hablas leonesas*, Ediciones Monte Casino [Zamora], León, 1993). El *piorno* o *gayomba* es un tipo de retama.

- ¹¹ El DRAE recoge *habar* 'terreno sembrado de habas'.
- ¹² El DRAE registra *chicharo* 'guisante, garbanzo, judía'.
- ¹³ No parece que tenga relación con el *calentejo* 'ebrio, calenturiento' que registra A. Alcalá Venceslada, *Vocabulario andaluz*, 2ª ed., Madrid, 1951.
- ¹⁴ El regusto mironiano de la prosa de Valdés resulta evidente. No en vano, como ha observado J. L. Bernal, entre sus devociones principales se encuentran Azorín y Gabriel Miró ("Introducción" a Francisco Valdés, *Letras*, op. cit., p. 20).
- ¹⁵ Agradezco a Manuel Valdés Gámir, hijo de Francisco Valdés, al profesor José Luis Bernal, a don Santiago González Murillo y a José G. Delgado García, la amabilidad y prontitud con que han sabido atender mis consultas y peticiones de diversos textos impresos. Mi agradecimiento se dirige también al profesor Fernando González Ollé, por la lectura del borrador de este texto, y por las atinadas sugerencias que me hizo.